

La Liturgia

¿Nos une o nos separa a las Iglesias cristianas?

Todos nosotros, que pertenecemos a la Iglesia católica apostólica y romana, estamos habituados a la celebración de la misa y de los sacramentos de un modo determinado. Se trata de la llamada liturgia romana; el modo de celebrar de la ciudad de Roma que se extendió por Occidente. No obstante, seguramente que todos, por una u otra circunstancia, hemos podido ver otras formas de celebrar aparentemente muy distintas a la nuestra. Y así, bien en un viaje a otro país, bien por los inmigrantes de nuestra ciudad, bien por televisión, hemos podido asistir a celebraciones ortodoxas, coptas, armenias, anglicanas, protestantes...

A primera vista podríamos pensar que existe una gran diferencia, y por tanto una separación, entre cualquiera de esas celebraciones y la nuestra. Aparentemente es verdad: visualmente son celebraciones muy distintas. Si tomamos como referencia la misa y comparamos nuestro modo de celebrarla con la celebración oriental, encontramos múltiples diferencias. Antes de nada, ya la configuración del espacio celebrativo es dispar: un iconostasio separa y oculta el lugar de los presbíteros del lugar de la asamblea. Si nos adentramos ya en la propia celebración las diferencias aumentan: ropas litúrgicas, símbolos, textos, cantos... De tal modo que nosotros, de mentalidad occidental que destacamos lo práctico sobre lo simbólico, lo concreto sobre lo abstracto, el texto sobre los gestos, la calificaríamos de "exótica", recargada...

Ahora bien, más allá de estas diferencias externas, tenemos que afirmar que la liturgia, ateniéndonos a lo sustancial de la fe, no puede separarnos. Todas y cada una de las Iglesias que creen en Jesucristo celebran su fe por

medio de la liturgia. Y al celebrar la fe estamos celebrando, en definitiva, el misterio de Cristo para actualizarlo y hacerlo así presente y operante en la vida de los creyentes del siglo XXI. La liturgia, por tanto, no es sino el memorial de Cristo, de su muerte y su resurrección, la actualización de la acción salvífica de Cristo. Y dado que todas las Iglesias cristianas creemos en Jesús, el fondo de nuestra celebración debe ser el mismo: celebramos a Cristo.

Por ello, y siguiendo con el ejemplo de la misa, sea en el rito litúrgico que sea, la celebración eucarística actualiza la muerte y resurrección de Cristo siguiendo el esquema de la última cena: Jesús tomó el pan/vino, dio gracias, lo partió y lo repartió; cuatro acciones que están precedidas por una liturgia de la palabra. De tal modo que, aunque cada pueblo le haya dado su propia impronta según su idiosincrasia, todos los cristianos compartimos los elementos fundamentales que conforman la eucaristía. Es por tanto en la forma, en el modo de plasmarlos, en su ejecución, donde las diferentes Iglesias nos hemos diversificado.

Sin embargo, bien es cierto, que no podemos decir de modo absoluto que la división entre las Iglesias se encuentra solamente en el contenido dogmático de la fe y no en su celebración. Ya que no podemos olvidar que, tal y como reza el axioma de Próspero de Aquitania, hay una relación intrínseca entre *lex orandi* y *lex credendi*: creemos lo que rezamos y rezamos lo que creemos. Por tanto la celebración obligatoriamente debe manifestar una diferencia entre las distintas Iglesias. Y así es. Debemos recordar que hemos afirmado que “la liturgia, ateniéndonos a lo sustancial de la fe, no puede separarnos”. Destaco la palabra “fundamental”. Ya que es cuando dejamos de lado lo fundamental cuando aparecen las diferencias teológicas entre las Iglesias. Así la manera diferente de concebir la presencia de Cristo en las especies eucarísticas se percibe en el modo de celebrar de los católicos y de los protestantes. O el rechazo a la autoridad del papa es evidente al comparar las plegarias eucarísticas católicas y las plegarias eucarísticas ortodoxas. O el culto que reciben la Virgen María y los santos se manifiesta en la liturgia católica u ortodoxa

y está ausente en las celebraciones protestantes. O la expresión de la doble naturaleza, humano-divina, presente en la liturgia romana está ausente en la liturgia armenia. Y podríamos continuar con una infinitud de ejemplos.

Por tanto, a modo de conclusión sintética podemos afirmar que estamos unidos en lo fundamental, esto es, en la celebración del misterio de Cristo, y divididos en el desarrollo dogmático de ese misterio, que tiene sus implicaciones litúrgicas.

JOSÉ ANTONIO GOÑI BEÁSOAIN DE PAULORENA
Canónigo y Maestro de ceremonias de la Catedral de Pamplona
Consultor de la Comisión Episcopal de Liturgia de
la Conferencia Episcopal Española.
Profesor de Liturgia y Sacramentos